



CHARLES DESPIAU

DOS principios están en lucha en la estatuaria moderna: la visión natural e íntima de las formas, por una parte, y por otra, la tendencia estilística.

La inteligencia de la plástica monumental no procede hoy día de ningún tipo de arquitectura: se apoya únicamente en los cánones antiguos. Cuando un escultor desea orientarse hacia el estilo, lo hace siempre en el sentido de la tradición greco-romana; a menos que, llevado de un gusto arcaizante, no adopte la ingenuidad o el balbuceo del simbolismo primitivo.

Pero, entre esta estética puramente cerebral y los moldes académicos que a veces no desdeña el arte actual, queda sitio para las expresiones sinceras de una discreta sensibilidad.

¿Y qué escultor es más sensible que Despiau, y al mismo tiempo de mayor encanto íntimo y púdica contención expresiva? Fué Rodin quien lo descubrió en 1903. En esa época, el joven escultor se esforzaba por despojar los volúmenes de todo lo accidental y superfluo: iba hacia un modelado libre lleno de franqueza. Desde su comienzo había repudiado toda estilización, todo ornato puramente



DESPIAU.—Busto de 1ª condesa Gilbert de Voisins. (Bronce).

decorativo, toda ejecución sumaria. Mas, no por eso dejó de concebir la forma con la claridad de la realización estilística, y traducirla con la lógica rigurosa de las materias nobles: bronce o granito labrado.

Nada hay más sobrio que la construcción de Despiau: construcción interna que resume e intensifica los planos, simplifica el modelado y acusa su viviente frescura por transiciones sutiles. La sensación se desarrolla en toda su ingenuidad, y las carnes, no aprisionadas por un ritmo simétrico, que sólo conviene a las estructuras monumentales, palpitan con un apasionado sentido humano. Los dedos del artista, con ardor tembloroso, se esfuerzan por plasmar la observación aguda de las formas y de sus relaciones. Así, gracias a un análisis penetrante, las proporciones, normales por lo demás, adquieren una amplitud ideal: la imagen se revela en toda su gracia misteriosa y se anima plenamente de las vibraciones de la vida.

El amor a lo verdadero exaspera la labor de Despiau. Pero, mientras más trabajados aparecen sus bustos, más nos maravillan por su frescura y fuerza expresiva. Frente a su grave elegancia y serenidad, Houdon y aun Donatello acuden a nuestra imaginación. Despiau es el más gran retratista que, desde largo tiempo, haya surgido en la escultura. Por medio de cualidades puramente plásticas, sus fisonomías afirman un poderoso carácter; por una lógica intuitiva de todos los elementos de la construcción: líneas, planos y volúmenes, se compone esa viviente armonía en la cual los detalles no son ornamentos, sino relieves que acentúan la profundidad, mientras la luz ordena y concentra las masas.

Sus desnudos son modelados con la misma soltura. Tienen el mismo ritmo, profundamente sentido y no mecánico. El mismo sentido in-

nato de las proporciones da a las superficies una curva nerviosa y flexibilidad a los contornos; encuentra los equilibrios instintivos, los movimientos graciosos; confiere a los volúmenes la claridad de los perfiles. La casta belleza de las líneas realza la solidez de las siluetas. Nada hay aquí del tormento de las esculturas rodinianas; una frescura ingenua, una ondulante claridad, envuelven con su caricia voluptuosa las formas en reposo.

Las efigies que hace vivir Despiau afirman la misma verdad humana que la tiernas figuras de Corot. Estos dos maestros muestran, por lo demás, un parentesco innegable. Opuesto a las composiciones de temas nobles, al paisaje heroico de los pseudo-clásicos, Corot concibió una pintura de un objetivismo tan ingenuo como real, trasponiendo la naturaleza con esa intimidad de visión que caracteriza a este genio lírico. En Despiau, hallamos igualmente la visión directa de las cosas, y no un lenguaje de formas sobrecargadas por un estilo de imitación. Este escultor huye también en la misma forma de la grandilocuencia monumental.

No está poseído por las visiones titánicas de Bourdelle, ni pretende a su potencia. Tampoco tiene la medida ideal de un Maillol, su sentido de los volúmenes ordenados, de sus estructuras arquitecturales. Pero ha vuelto a hallar el modelado apasionado de Rodin—al cual siempre dedicó un culto filial—ese modelado que tiene la virtud de hacer vibrar la forma.

Su personalidad se impone más y más a los escultores de la nueva generación. Estos admiran, en el mismo grado, su sensibilidad y generoso lirismo que la concisión helénica de Maillol, o que la fogosidad y las expresiones patéticas de Bourdelle.

Si la viviente escritura de Despiau se complace en las líneas asimétricas, su modelado

nervioso dibuja de esta manera mucho mejor la realidad interior que emana de sus formas sobrias.

Un arte semejante nos cautiva por su intensidad y su riqueza. Tanta espontaneidad no puede ser sino la flor de una gran tradición, el fruto de una civilización secular.

* * *

En Despiau la expresividad plástica está exenta de ostentación. Guarda siempre la calma que conviene a toda gran escultura. Sin embargo, la fuerza dramática no está en ella ausente. El fuego de la pasión bulle siempre bajo el modelado sereno y sencillo. Una naturalidad que muchas veces no excluye cierta torpeza, permite asimilar este escultor a un maestro primitivo, menos preocupado de la perfección de las formas que de su espiritualidad, y de insuflar en la obra un poco de la suavidad de su alma. Arte eminentemente introspectivo, que con medios muy sobrios, penetra hasta el fondo mismo de la sensibilidad.

¿No es significativo que en una época en la cual la pintura y la escultura demuestran tanta turbulencia y afán exasperado de singu-

laridad, un Despiau surge para oponer al patetismo hueco o al estilo mecanizado, la frescura y la plenitud de su visión?

Un artista semejante, nos vuelve a traer a la cualidad humana del arte. Con él, todo formalismo estético se borra en presencia de una psicología profunda. Y en este punto tocamos al carácter eminentemente moderno de este gran talento.

Aunque,—como tuve ocasión de expresarlo en «La Peinture, religion nouvelle», pensando en un busto de Despiau expuesto en medio de un conjunto de cubisterías dislocadas:—«La sobriedad siempre sufrirá en la vecindad de acentos exagerados... Sin embargo, el hombre o la mujer que modela Despiau son de la misma raza, de la misma humanidad que las figuras expresivas de los maestros góticos; por su elegancia nerviosa y la riqueza de vida interior que las anima, desprenden un encanto tan grande como el de las formas concisas y sensuales al mismo tiempo, que crea el arte de Maillol, impregnadas de una belleza griega auténtica».

Adolphe Basler.

(Traducido especialmente)